do! Almas muertas por la culpa, tristes imágenes del cuerpo del divino Redentor, muerto por las culpas de los hombres, acercaos á la probática piscina del tribunal de la penitencia y limpiaos allí de las manchas que os afean María os lo ruega; atendamos á sus súplicas, porque al resucitar nosotros, muertos por el pecado, á la vida de la gracia, parecerá á la Virgen en este supremo dolor, que en sus brazos resucita y toma vida el divino Redentor muerto por los pecados de la humanidad en el Calvario.

Sea esto así, ¡oh dolorosa Virgen de las Angustias y Madre mía!; haz que arrepentidos de nuestros delitos y con eficaz propósito de la enmienda, nos acerquemos al Jordán de la penitencia que limpia la lepra de los vicios, para que siendo nuestros corazones dulce morada de Jesús y trono de virtudes preparado para Ti, podamos un día cantar el himno glorioso de la Resurrección eterna en las mansiones del cielo. Amén.

OCTAVO DOLOR

Entierro de Jesús.

> Lapsa est in lacum vita mea et posuerunt lapidem super me.
> Cayó mi vida en el sepulcro y pusieron la losa sobre mí.
> (THREN., III, 53.)

TODA gloria implica batalla, y el descanso trabajo, y el poderío conquista. Los reyes más gloriosos de la historia fueron siempre los más batalladores; los tronos más pacíficos fueron los que en su principio hubieron de vencer más dificultades y contratiempos; y los imperios más poderosos no se formaron en el tranquilo deleite de la paz, sino entre las rudas jornadas de la guerra. Y esta ley, de la que ninguna criatura está exenta, se cumple también en la misma naturaleza inculta y salvaje; porque á la hermosura y templanza de la primavera, preceden los hielos y aires desabridos del invierno; á los frutos gustosos del otoño los calores y sequedades del estío; á las tintas risueñas de la aurora, las mudas y temerosas sombras de la noche, y al suave murmullo de las olas del Océano en día bonancible, los roncos mugidos de la tempestad, que todo lo desconcierta y amotina.

Ni á hombres ni á cosas quiso Dios librar de esta ley,

y ni sus mismos ángeles fueron exceptuados; que los que hoy cantan con dulcísima armonía de voces alrededor de su trono aquella canción, que oyó San Juan en el Apocalipsis: *bendición y claridad y sabiduría y hacimiento de gracia, honra y virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos* (1), un día fueron llamados por Lucifer, y por él incitados, con toda la magia de su sabiduría, á rebelarse contra el Eterno, y ellos, indignados, cogieron sus arcos y volaron sus flechas y esgrimieron sus espadas contra las huestes del usurpador, y todos cayeron vencidos y rotos á los abismos.

El mismo Cristo, bien nuestro, que como Dios posee *ab aeterno* su gloria, no siendo ésta conquistada, ni adquirida, sino propia de su divinidad, al vestirse con la vestidura de nuestra carne, pasando de la condición de Criador á la de criatura, no quiso eximirse de esta ley, ni volver á su cielo, sin haber peleado legítimamente contra todas las pasiones de la tierra, desatadas en su daño.

Y convino que así sucediera, porque así estaba decretado desde la eternidad por su divino Padre; así lo habían predicho los profetas, así lo exigía nuestra redención; y los Apóstoles y los mártires, los confesores y las vírgenes, que habían de caminar al cielo por medio de angustiosas tribulaciones, necesitaban un campeón fuerte y valeroso que los presidiese en el camino. *Haec oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam* (2).

Y si así convino que padeciese Cristo, para entrar glorioso en los cielos, su Madre, que según la expresión de San Lorenzo Justiniano, fué un clarísimo espejo de la Pasión de Cristo, *clarissimum passionis Christi speculum effectum erat cor Virginis,* debió padecer por manera terribilísima en el monte Calvario; porque como su gloria está por encima de la gloria de los ángeles y de los hombres, estupendo debió ser su dolor.

(1) Apoc., VII, 12.
(2) Luc., XXIV, 26.

Estupendo fué, sobremanera, en el entierro de Jesús, al que asistió María, sin que fuerzas humanas la pudieran separar del cadáver del Hijo que llevó en sus entrañas; que si *Jesús fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (1), el amor de María fué más poderoso que la muerte.

Yo, pues, os vengo á invitar delante de tan grande heroísmo á que demos sepultura á nuestras malas pasiones, sepulcro hediondo, donde enterramos á Jesús, que es la vida de la gracia, y losa pesada, que cae sobre el corazón de María, que es la Madre de la gracia. *Lapsa est in lacum vita mea et posuerunt lapidem super me.* Cayó mi vida en el sepulcro y pusieron la losa sobre mí.

He propuesto.

Señor, Dios de las misericordias, que das á tu majestad cárcel estrecha en la Hostia consagrada, pues que aprisionado vives en las espesas redes que tejió tu amor para bien de nuestras almas, escucha al último de tus hijos, que se acerca á Ti, pobre y falto de luz, pidiéndote que lo enriquezcas de sentimientos de piedad y lo ilumines con los rayos de la gracia, para que, lleno de vida, pueda hablar dignamente de este grandísimo dolor de tu Madre, á quien saludaremos, diciendo:

AVE, MARÍA.

(1) Luc., XXIV, 26.

I

Texto ut supra.

Hijos de Israel, que en los días de vuestra cautividad llorabais desterrados en las márgenes del río de Babilonia, y colgando de los sauces vuestras citaras, arrancabais un hondo grito de amargura á vuestra alma, sumida en las tristes memorias de vuestra hermosa Jerusalén, dejad que yo me inspire en los suspiros de vuestras melancólicas lamentaciones. Desolada Agar, que anduviste errante con tu hijo por el desierto de Betsabé, buscándole fuente donde apagar su sed desoladora; Noemi, hermosa como las palmeras del Líbano, que en tierra de Moab lloraste la muerte temprana de tus dos hijos, los bizarros Betlemitas; Ana, perla de Neftalí, que bañadas las mejillas en lágrimas desconsoladas, salías impaciente por su llegada tardía á esperar á tu hijo, que caminaba con el Arcángel Rafael por las orillas del Tigris hacia el país de los medos; dejad, ¡oh madres tristes de Israel!, que yo escuche vuestros gemidos impregnados de los sentimientos de vuestro corazón, para que mi alma se inspire con la sublimidad de vuestra pena y encuentre los colores para pintar el cuadro del entierro de Jesús, presenciado por su Madre.

Jesús era su vida, y no hay en esta afirmación la hipérbole de la amargura. Jesús era su vida, porque todas las demás cosas de los cielos y la tierra, como no eran sino hechuras de Dios, no podían llenar el corazón de su

Madre en la medida con que lo henchía su autor. Jesús fué su vida en Belén, enseñándole humildad; su vida en el desierto, enseñándole paciencia; su vida en Nazaret, y no ha habido en el mundo vida más hermosa, ni más llena de los efluvios del amor, ni de la divina esencia de la poesía; su vida en Jerusalén, tanto más amada, cuanto que allí, en tres días de ausencia dolorosa, lloró la nostalgia de sus caricias y del rendimiento de su amor; su vida en el Calvario, donde llegará á la cumbre el amor de Dios y el heroísmo de su Madre.

Por eso, al ser enterrado hoy el Hijo de María, bien puede decir esta Madre, con el profeta de las lamentaciones: «Cayó mi vida en el sepulcro, y pusieron la losa sobre mí.» *Lapsa est in lacum vita mea, et posuerunt lapidem super me.* Levantóse en el mar de la vida deshecha tempestad contra su Hijo divino, y la heroica Madre, sin miedo á las revueltas olas del dolor, tuvo aliento para acompañar á Jesús en todos y en cada uno de los trances de su martirio, sin que las incesantes penas pudieran abatir su firme corazón. Pero arreció la tormenta, sopló desatado el huracán de la muerte, abriéronse los senos de las aguas, sepultando en ellos al autor de la vida, su amadísimo Jesús, y la ola, que lo arrebató de entre sus brazos, cayó sobre su corazón de madre y lo inundó de amargura. *Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me* (1). Llegó María á la alta mar de su pena, y allí la sumergió la tempestad. Que mientras sus ojos pudieran mirar á su Hijo, salvo ó perseguido, sin heridas ó cubierto de sangre, crucificado ó muerto, alentó su corazón la vida para sufrir; pero cuando el sepulcro se abrió y guardó al Hijo en su seno, cayó la losa sobre su corazón, pudiéndose decir con verdad que, al apartarse del monumento, dejaba allí su corazón enterrado.

¿Y qué manera de vida tendría esta Señora sin cora-

(1) Ps. LVIII, 3.

zón? ¡El corazón, que es como el sol que alumbra el día de nuestra vida; el corazón que es como la atmósfera donde respiran las almas! Faltóle, pues, á María aliento con que respirar y día en que vivir, y apoderóse la congoja de su espíritu y cayó de lleno sobre su ser la noche amarga del dolor. ¡Oh noche de lúgubre tristeza! ven, negra y horrorosa, á mi memoria; envuelve á mi espíritu en tus lóbregas sombras, sumérgelo en tu dolor, porque quiero que de mi pecho se exhale la fatídica lamentación de tus infortunios.

Llegó el instante terrible del entierro. José y Nicodemus recibieron el divino cuerpo de manos de María, y después de haberlo ungido con ungüentos y aromas y colocado en una sábana, alzaron el divino depósito y comenzaron la marcha hacia el sepulcro. La noche envolvió al monte en su fúnebre crespón, y un doloroso clamor se levantó por los aires. Era el llanto de la arrepentida muchedumbre que quedó en el Calvario, que gemía de pesar, viendo la angustia de María. De María, que caminaba con marcha lenta, como el que advierte que la vida se le escapa á cada paso que da. De María, que, obediente como Abrahán, sintió aliento de fortaleza y de resignación para dirigirse hacia el Calvario, y que ahora, triste como Nohemí, siente que el aliento se le escapa. De María, que, como la madre de los Macabeos, asistió al sacrificio de su Hijo, enviándole miradas de heroísmo y de valor, y que ahora, desconsolada, como el profeta de los Salmos, retrata en su semblante más amargura que angustia demostraba en sus gritos el desdichado padre de Absalón.

Y las sombras de la noche se espesaban á medida que el fúnebre cortejo se aproximaba al sepulcro, y en la cumbre desierta del Gólgota aparecieron todos los santos del Antiguo Testamento, que venían á presenciar, al par que el entierro de Jesús, el entierro también de la Antigua Ley, que quedaba sepultada para siempre en el se-

pulcro de Cristo. Envueltos en sus blancos sudarios, aparecieron los primeros los profetas, que del Cristo vaticinaron, y después de adorar la Cruz que los redimía, comenzaron á hacer llanto de dolor, mirando á lo lejos el tristísimo entierro de Jesús; y luego aparecieron los Patriarcas, apoyados en sus báculos de mando, y se prosternaron delante del divino madero, como esclavos puestos en libertad delante de su libertador, y rasgaron después sus vestiduras con profundísimo pesar, mirando el entierro del Cristo, que ellos en sus vidas figuraron. Y luego aparecieron los reyes y caudillos de Israel, que trabajaron por la gloria de Jehová, y adorando el santo leño con religioso respeto, rompieron sus espadas en señal de duelo, contemplando á lo lejos el tristísimo entierro del Mesías, ya venido. Y aparecieron, en fin, envueltas en sus mantos y cubiertas con sus velos, las heroicas y santas mujeres, honor del pueblo de Israel, que se arrodillaron delante de la Cruz, como cansadas peregrinas á la sombra de un árbol santo; y luego, mirando alejarse aquella fúnebre procesión del entierro del divino Redentor, comenzaron á levantar plañideras lamentaciones. Y triste y misteriosa se extendió por el monte, sobre los otros gritos, la fatídica voz del profeta Jeremías, que exclamó: *¡Oh vosotros, los que cruzasteis las sendas de la vida, atended y ved si hay dolor que se iguale al pesar de la hija de mi pueblo* (1)! *Desfallecidos están sus ojos por las lágrimas y conturbadas sus entrañas* (2). *¡A quién te compararé, hija de Jerusalén, porque es grande como el mal tu quebranto* (3)!

Y la misteriosa procesión llegó, por fin, en silencio, al sepulcro; y fué levantada la losa; y María, cayendo de rodillas delante del cuerpo sin vida de su amantísimo Jesús, le dió en su divina frente el último beso de su amor

(1) Tren., I, 12.
(2) Tren., II, 11.
(3) Id., íd., 13.

maternal, el último ósculo de adoración sobre la tierra; y aunque sus labios no se movieron para hablar, diría, empero, su ánima, exhalando el último suspiro de despedida: «La tierra se abre para tragar mi felicidad; la tierra se abre, para sepultar mi sangre; la tierra se abre, para sepultar mi vida. ¿Dónde estáis ahora, días hermosos de Belén y de Nazaret, en que yo estrechaba á Jesús pequeñuelo contra mi pecho? ¿Cómo ahora su boca no se abre, para que mis lágrimas se sequen? ¡Oh!, vuelvan, vuelvan en buena hora los suplicios del Calvario para mí sola; pero que no quede mi Hijo sepultado. Torne yo á ver los fieros rostros de los verdugos, riyéndose de mi dolor, y no vea ese sepulcro abierto, mucho más terrible para mí que la aguda lanza del centurión. Vuelve tú, ¡oh Jesús mío!, á negarme el nombre de madre desde la cruz, que yo acogeré con resignación tu santa palabra; tórnese á eclipsar el sol y estremézcase de miedo la tierra; tornen los muertos á dejar sus sepulcros, y vuelve tú otra vez, Jesús mío, á expirar, y vengan sobre mi tierno corazón todos esos cuchillos de dolor; pero que mis ojos te vean; pero que mis brazos te estrechen; pero que ese fiero sepulcro no se abra para guardarte en su seno, porque entonces desfallezco de aflicción.»

Todo esto diría el ánima de aquella afligidísima Madre, y sus labios permanecían en silencio, como dándonos muestra de su heroica resignación en el sufrimiento. Por fin el cuerpo divino de Jesús cayó en el sepulcro, y la fría losa, al cerrarlo, cayó pesada y abrumadora sobre el corazón de María. *Lapsa est in lacum vita mea et posuerunt lapidem super me.* Y los muertos misteriosos que cercaban la cruz se agitaron de dolor, y lloraron los ángeles de paz, y los montes contemplaron á María y se movieron sus entrañas duras á dolor, porque se cumpliera la profecía de Habacuc: *Viderunt te et doluerunt montes* (1).

(1) Hab., III, 10.

II

Y nosotros también hemos de manifestar nuestro sentimiento dando sepultura á nuestras malas pasiones, que son sepulcro hediondo donde sepultamos á Jesús, que es la vida de la gracia, y losa gigante y pesada que cae sobre el corazón de María, que es la Madre de la gracia.

«Mirad, dice San Juan Evangelista, que tan grande es el amor que Dios nos tiene, pues nos levantó á tanta honra, *que no sólo quiso que nos llamásemos hijos de Dios, sino que también lo fuésemos* (1).» Postrados estábamos en los caminos obscuros del mal, y revolcándonos en el cieno miserable de nuestros pecados; cadenas arrastrábamos de infinitas penalidades, y Jesús, derramando por su voluntad la sangre divina de sus venas sobre nuestras frentes, dió vigor á nuestros miembros tullidos, para que pudiéramos enderezarnos; rompió las cadenas que ligaban nuestros pies, para que pudiésemos andar; y lavó las manchas horribles de nuestras culpas, para que desapareciera la siniestra deformidad, por la que el Eterno apartaba sus ojos enfurecidos de nuestro rostro.

Mirónos, pues, el Padre sanos y limpios, y vió la imagen de su hermosura resplandecer en nuestras almas, y nos dió el nombre esclarecido de hijos suyos; y los que se aprovecharon de aquel inestimable don de la gracia, comenzaron á caminar por los senderos de las virtudes, á desbaratar los planes del demonio, á poner en fuga el escuadrón de tentaciones en que Luzbel, el padre de la mentira, quiso envolverlos, y no solamente tuvieron el nombre de hijos de Dios, sino que, en realidad de verdad, lo fueron, pues que se hicieron santos.

Asentados estábamos en medio de las tinieblas del

(1) I Joan., III.